

**política**



---

## El amor es pasión, la democracia ocupación

Rolando Cordera

**U**n antiguo gurú mío, conocido entonces como Carlos Monsiváis, que dejó de serlo porque pasó al nivel superior de militante político, se ha encargado de mostrar cómo la pasión no tiene por qué separarse de la acción calculadora que caracteriza o debería caracterizar a la política. Años antes, cuando el post68 amenazaba sofocarnos, la búsqueda de una relación digamos positiva entre lucidez y compromiso colectivo y entrega con la causa de la libertad política, consigna maestra del mismo gurú, nos llevó a muchos, tal vez no tantos como entonces pensábamos, pero muchos al fin y al cabo, a hurgar en la maraña de las relaciones interpersonales buscando ya no tanto vínculos positivos, o constructivos, del tipo haz el amor y no la guerra o la imaginación al poder, etc., sino tan sólo posibilidades o esperanzas de no destrucción, íntima y también grupal, grande o pequeña, pero de todos modos colectiva. Empezamos a imaginar que desde ya se podía ampliar la frontera de lo político, aspiración que quedó debidamente plasmada como paradigma en “lo personal es, yo agregaría también, político”.

Con el tiempo, al instalarse la desesperación y el acoso, la conciencia de que se empezaba a entrar en un tiempo difícil, junto con la renuencia a aceptar que la explosión de los sesenta había ya pasado, vinieron y nos vinieron los slogans, las fórmulas cosificadas que disfrazaban de liberación lo que en buena medida era impotencia, y que ofrecían caminos de redención que más que ampliar los límites de lo político en realidad reducían a éste a las esferas rutinarias de lo que se entendía hacían o pensaban los políticos. La política era puesta a un lado, convertida en actividad especializada y aun denostada, propia de los simuladores al servicio del poder y la riqueza, y la pasión, la transformación, se instalaba en las ciudadelas de lo íntimo, de lo privado, dando paso a formas supuestamente locas de exploración de lo personal, que sin embargo ponían a la pasión misma al margen de toda posibilidad de apropiación racional y social.

Por fortuna, en medio de todo esto, e incluso en nuestro medio tan rechazante y no sólo por el machismo, el feminismo irrumpió y le abrió paso a formas más promisorias y radicales pero también sociales y no personales, de ampliar de modo efectivo los espacios del quehacer político. En nuestro caso, además, el surgimiento de la postura feminista se da en el marco de una movilización social, obrera, campesina y de pobres de las ciudades, que aun dominada en esencia por el particularismo que es propio de los movimientos sociales, logra durar, hasta hoy, impregnando y tal vez marcando la pauta o una de sus pautas primordiales, del vasto oleaje de ciudadanía y democratización que irrumpió en las elecciones presidenciales pasadas.

No debe ser demasiado difícil ilustrar la idea de que, con todo y su profundidad y grandeza, la intimidad y la fantasía responden al final de cuentas a imperativos más o menos inapelables, aunque no siempre identificables, de una estructura social que a través de la cultura define ritmos y alcances al sentimiento y la acción. Si nos atrevemos a ver el amor no sólo ni principalmente como un sentimiento sino como una clave que puede permitirnos descubrir cómo construir unas formas positivas de comunicación, entonces tal vez podríamos estar más cerca de proponer algún contacto discernible entre amor y democracia, o aun pretender establecer una correspondencia entre unas formas de hacer la política y recrear el poder, la democracia, digamos, y unas formas de buscar o tener correspondencias interpersonales, de hacer el amor, digamos.

Pero esta pretensión me parece desmedida, y dudo mucho que nos permitiera llevar a buen término la última consigna de este gurú hoy vuelto aguerrido demócrata, quien en medio o debajo de los abrumadores relámpagos del 83, cuando de a de veras se nos vino encima la crisis, ya no clamó por mantener la lucidez sino sólo aconsejó evitar volvernos locos.

No hay una relación fuerte entre amor y democracia, me ha instruido José Woldenberg que afirme. Mucho menos necesita esta última que le inventen novias o le adjudiquen viudas. Hay, sí, formas distintas, no casuales, de vivir y pretender el amor, que encuentran sus raíces en la historia y la estructura social, pero que parecen imperturbables ante las formas políticas más genéricas, léase aquí de nuevo democracia. El amor victoriano o el amor pasión francés, dice Luhman, tienen diferencias determinadas por conexiones previamente condicionadas, como la pasión de Ana Karenina o Vivien Leigh en *Lo que el Viento se llevó* difícil-

mente podría ser reproducida satisfactoriamente en la *Mujer descasada* o *Manhattan*, o *Annie Hall*. Bergman no conoció ni probablemente se interesó por la guerra civil o la revolución, o no más que por las mujeres o el pago de impuestos, del mismo modo como Fellini apela a las prohibiciones morales de su época de descubrimiento del sexo y el amor, para encontrar contemporáneamente un componente digamos positivo al sida, como factor límite, de contacto con la muerte, que podría si no retrotraemos, sí reubicarnos en nuestra manera de hacer y entender el amor.

Mal haría, si después de toda esta cascada de evasiones, les propusiera aquí que la guerra y la revolución producen amor loco o amor pasión, mientras que la democracia, que implica normas, códigos estrictos, especialistas, paciencia y parsimonia, no puede sino prometeros tedio y rutina en lo íntimo, pasión acotada y con horario. Más igualdad entre los iguales, entre los que forman pareja casual o intencionada, puede, ha tenido que reconocer Hermann B., llevar a formas más fuertes, superiores de relación íntima. Puede, a su vez, enriquecer o coadyuvar a hacerla más llevadera, una forma general de comunicación político social que, como la democracia, no sobrevive sino con base en el trabajo diario, el compromiso, la creación de, a la vez que el respeto a, las instituciones, en fin, el reconocimiento de la necesidad del otro no como gran posibilidad de descubrimiento súbito, erótico o existencial, sino como una especie de resignación racional ante nuestra mutua imperfección y conveniencia y, desde aquí, si se quiere, como promesa lejana de enriquecimiento general.

Una buena consigna democratizante con visión, proveniente de aquellos auténticos tiempos de cólera, bien podría exigir amor como pasión, democracia como construcción. Si así se encuentran, bienvenidos, pero no los carguemos al uno y a la otra de milagros que por su naturaleza terrenal sabemos de antemano que no pueden realizar.

Pueden sumarse y combinarse, pero no sustituirse o intercambiarse. El amor loco, o la pasión, son, por lo menos, ambiciones cultivables, aunque su logro esté casi siempre lejos de nuestra mano. Pero cargarle a la democracia, a la construcción de una forma de hacer política, nuestras frustraciones en aquella ambición, o lo peor, pedirle que dé cuerpo y alma a nuestras fantasías, que se vuelva también vehículo de ángeles y demonios de la mente y la libido además de todos aquellos que Hobbes tan bien descubrió en el estado de naturaleza, es pedir demasiado, tanto como empezar a idear una relación amorosa con diario de los debates.